

INSPECTORIA SALESIANA
Santo Domingo Savio
CORDOBA (España)



Queridos hermanos: Por segunda vez en el presente curso, el Señor ha visitado nuestra Comunidad, llamando a la Casa del Padre a nuestro hermano sacerdote

JUAN TORRALBA LOPEZ-OBREGON

a la edad de 54 años, 20 de Sacerdocio y 27 de Profesión religiosa.

A pesar de que nuestro hermano estaba siempre atento a su salud, ya que padecía desde hacía tiempo una ligera hipertensión arterial, le sorprendió un tumor cerebral maligno que, desgraciadamente, no dio la cara ni siquiera con los modernos adelantos de la Tomografía.

Tenemos indicios de que él sospechaba la presencia de un mal grave por algunas apreciaciones que hizo sobre su estado de salud, pero nunca pudimos suponer la extrema gravedad de su mal.

Mes y medio esperando con impaciencia una evolución positiva del infarto cerebral que le habían diagnosticado, nos tuvo, tanto a sus familiares y amigos como a nuestra Comunidad, al lado de su lecho en el Hospital General. En un intento desesperado, se le sometió a una delicada intervención quirúrgica que, aunque le proporcionó unos días de mejoría transitoria, no hizo sino confirmar la imposibilidad de su recuperación.

En la madrugada del 14 de Junio, plenamente consciente y, gracias a Dios, sin grandes dolores físicos, pasaba a la Eternidad.

En todos los que estuvimos a su lado durante su enfermedad, han quedado grabadas las palabras que Juan dijo a una de sus hermanas al día siguiente de la operación: "Cuando entré en el quirófano, me sentí abandonado de Dios y de los hombres". Al insinuarle que esa era una de las expresiones de Jesús en la Cruz, él añadió: "Sí, y también: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu". Y es que el dolor nos deja tan centrados en nosotros mismos, que toda otra presencia pasa desapercibida.

Recordamos aquí las palabras de nuestro querido Alejandro Balló, escritas en su comentario al Salmo 22: "Hay momentos, también dispuestos por su misterioso y sabio amor, en los que nos sentimos totalmente abandonados. No te vemos ni a nuestra dere-

cha, ni a nuestra izquierda. Un inmenso y pavoroso vacío parece llenar de nada aquella dulce imagen, no formada, que tanto nos había consolado. Tu santo Hijo debió también probar esta medicina demasiado amarga. Y en ello nos apoyamos, aunque débilmente, para los momentos en que creemos acercarnos a esta soledad que todo quema y todo purifica... De otro modo, nos hundiríamos para siempre, nos desmoronaríamos despojados de tu presencia, de tu amor y de ese leve soplo de esperanza que siempre orea por debajo de las más duras pruebas". (A. Balló, Sefer Tehillim, 42). Estamos plenamente seguros de que, también para nuestro hermano Juan, fue una expresión pura y sincera de su amor.

Había nacido Juan el 27 de Marzo de 1.926 en Villa del Río (Córdoba), en el seno de una familia profundamente cristiana. Somos testigos del gran respeto a la voluntad de Dios que ha manifestado su madre, Doña Ana María, "Dios me lo dio, —nos decía—; con una inmensa alegría, se lo dí al Señor cuando quiso ser sacerdote y con mucho dolor, se lo doy ahora también. Lo que Dios dispone, es siempre lo mejor para nosotros". La fe tal vez no necesite de brillantes expresiones teológicas, sino de un grande y sincero amor.

Nos contaba Juan las dificultades que hubo de pasar durante su servicio militar en África, donde prestó gran ayuda desde su puesto de sanitario. Con los 26 años cumplidos, decidió entregarse más de lleno a Dios en la vida religiosa, haciendo el noviciado en San José del Valle (Cádiz), el curso 1952-53. Realizó los estudios de Filosofía en Consolación (Utrera), pasando a realizar el trienio práctico entre las casas de Ronda y San José del Valle. Los estudios de Teología los realiza en el Estudiantado de Posadas (Córdoba), siendo ordenado sacerdote el día 24 de Junio, fiesta de San Juan, del 1960. En este Colegio de Córdoba hizo el año Pastoral, siendo destinado posteriormente a Ronda, Pozoblanco y Ubeda. El curso 1966-67 fue destinado a Granada, haciendo la licenciatura en Teología en la Facultad de Cartuja. Despues de pasar dos años en Antequera como Catequista, fue destinado definitivamente a esta Casa, en el año 1969, donde armonizó el trabajo en el Colegio con los estudios de Filosofía y Letras en la Universidad de Córdoba.

El mismo día de su muerte, al atardecer, nuestra Comunidad Salesiana se reunía en la capilla, acompañada de sus hermanos y de algunas personas más íntimas, para celebrar una Eucaristía en sufragio de su alma. Ciertamente que desde la perspectiva de la muerte, se ilumina la auténtica personalidad del cristiano. Así quedó de manifiesto, a la hora de la homilía, donde se expusieron los rasgos fundamentales de la personalidad de Juan:

— Fue, ante todo, una persona de fuerte inspiración bíblica. Sus compañeros de Teología recuerdan cómo se emocionaba leyendo los Salmos. El Salterio que utilizaba en el rezo comunitario, estaba materialmente cubierto con anotaciones suyas, destacando las expresiones bíblicas con profundos comentarios, breves y vitales. Es un mosaico vivo donde la palabra se convierte en oración y la oración se hace vida.

— Se destaca también el sentido providencial que daba a todas las cosas. En estos años que estamos viviendo, todos los que formamos Comunidad, sabemos que nuestras relaciones personales se han intensificado y que, por ello mismo, surgen circunstancias que problematizan nuestra vida comunitaria. Recordamos cómo él solía decir: "Nuestra Comunidad es la mejor, porque es la que Dios quiere". Su madre re-

cordaba cómo Juan insistía en la idea de que lo dispuesto por Dios es lo mejor para nosotros. Entre sus apuntes hemos encontrado un grueso tomo de cuartillas en las que analizaba, una por una, las reuniones comunitarias. Destaca en sus comentarios el sentido providencial de los acontecimientos y la sincera aceptación de las personas.

— Llama la atención su sentido profundo de la filiación divina, así como el sentimiento vivo de la Misericordia del Padre. En su Breviario siempre están subrayados los versos en los que este tema se pone de manifiesto. Cuando se le decía: “¡Qué buena persona eres...!”, su respuesta era siempre la misma: “Nadie es bueno sino sólo Dios”.

— Siempre supo ver a Dios presente en las personas, acontecimientos y cosas. Su amor por la naturaleza, manifestado en el cuidado de las plantas y flores; su delicadeza de trato, procurando evitar la herida; su presentación personal esmerada que incluso en algunos momentos parecía exagerada; su admiración por todas las formas de arte... son algunos rasgos de su finura y sensibilidad. Con los pobres que asiduamente llegan a nuestra puerta, Juan tenía un rato que perder, dándoles, además del pan para su hambre, ese otro pan tan necesario de la conversación y la compañía. Y allí en el cementerio, estaba presente alguno de ellos, la mañana del día 15, dándole el último adiós al amigo.

— Con las personas con las que se relacionó supo estrechar los lazos de la amistad. Para los que le veían desde lejos, pudo parecer una persona de trato difícil y retraido; pero somos testigos del gran número de personas que le llorado muy sinceramente: sus profesores y compañeros de Universidad, los miembros de la Comunidad Neo-Catecumenal a la que pertenecía y que le consideraban tan suyo, tantos alumnos y antiguos alumnos de este Colegio de Córdoba...

En un espíritu como el de Juan no es de extrañar que se le hiciera difícil la convivencia, máxime habiendo entrado en la Congregación con una personalidad ya hecha. Testimonios de compañeros de la época de formación nos confirman las dificultades que hubo de superar para integrarse en la vida normal de una Comunidad.

Queremos destacar, finalmente, el sufrimiento purificador de sus últimos 48 días de existencia. Plenamente consciente de su gravedad, fue sintiendo acercarse la muerte; sin embargo, para todo el que lo visitaba, tenía una palabra de agradecimiento o un gesto amable. A pesar de encontrarse inmovilizado por la hemiplejia, evitó en todo momento resultar gravoso para nadie.

El Domingo, día 15, celebramos en nuestra Iglesia de María Auxiliadora el funeral por su eterno descanso. Nos acompañaban más de 50 sacerdotes de casi todas las comunidades, delegado del Sr. Obispo, párracos y representantes de las comunidades religiosas de la Ciudad. Nuestra Comunidad Educativa estaba masivamente representada, hasta el punto de que muchas personas tuvieron que seguir la Eucaristía desde los patios. Es muy consolador el ver la participación activa de esa enorme masa de personas que ponen así de manifiesto el sentido pascual de la muerte cristiana. Fueron muchos, entre ellos su hermano Enrique, los que al salir, manifestaron su sentimiento de alegría dolorosa.

Desde estas líneas agradecemos las muestras de condolencia que, personalmente o por escrito, han llegado hasta nosotros. Queremos dejar constancia de nuestro especial agradecimiento a todas aquellas personas que le cuidaron con tanto cariño: a sus hermanas que no le abandonaron ni un solo minuto de su enfermedad, a Sor Teresa y a las enfermeras del Hospital General y, de manera particular, a D. Joaquín Añón y a D. José López Zafra, los médicos que le atendieron, volcándose en el paciente con su reconocida ciencia, pero sobre todo, con un gran cariño y afecto.

Queridos hermanos, elevemos nuestra oración hasta el Padre de las Misericordias para que acoja en su seno a nuestro querido Juan. Al mismo tiempo pidamos a la Celestial Auxiliadora, de la que nuestro hermano se mostró singularmente devoto y a la que invocó frecuentemente en toda su vida, en especial durante su enfermedad, envíe a esta parcela de la Iglesia operarios que continúen la labor por él desarrollada.

Tened también un recuerdo por todos nosotros. Un saludo cariñoso de la

COMUNIDAD SALESIANA
CORDOBA

DATOS PARA EL NECROLOGIO: Sac. Juan Torralba López-Obrero, nacido el 27 de Marzo de 1926. Murió el 14 de Junio de 1980 a los 54 años de edad, 20 de sacerdocio y 27 de profesión.